

EDITORIAL

LA DESMITIFICACION DEL MARXISMO

El 14 de marzo de 1883 moría en Londres a los 75 años de edad el pensador y político alemán Carlos Marx. Cien años han bastado para probar que ha sido uno de los hombres más influyentes en el momento histórico actual. En el campo intelectual se cuentan por miles los estudios dedicados a su inmensa obra teórica y los ejemplares de sus libros se cuentan por cientos de millones. Pero es sobre todo en el campo de la historia real donde su efecto ha sido más fulminante. A los cien años de su muerte se puede decir que sobre los países donde hay regímenes marxistas instalados no se pone el sol: China con sus cerca de mil millones de habitantes, la Unión Soviética con sus más de doscientos setenta, el conjunto de países de Europa oriental, un buen número de países africanos, Vietnam y Campuchea en extremo oriente, Cuba y Nicaragua en América Latina... hacen que más del 35% de la humanidad, pertenecientes a las más diversas razas y culturas viva hoy orientada y gobernada por la ideología y el régimen marxista. Por otro lado, muchos de los movimientos revolucionarios e independentistas que todavía no han llegado al poder se alimentan del pensamiento marxista y ese pensamiento es también principio de inspiración de muchos intelectuales y hombres de acción que viven en el mundo capitalista y han experimentado sus presuntas ventajas. Como se ha repetido, tal vez sólo Mahoma puede presentar una efectividad semejante en el campo histórico-político, pues también el mahometismo representa un fenómeno de características mundiales al haberse convertido el Corán en elemento decisivo de la vida, de la cultura y de la política de cientos de millones.

En El Salvador, en el área centroamericana y latinoamericana el marxismo tiene también una importancia de primera línea. El FMLN está profundamente influido por el marxismo así como el FSLN nicaragüense. Cuba, por su lado, Chile en tiempo de Allende, algunos períodos del régimen revolucionario

mexicano, distintos movimientos guerrilleros del pasado y del presente, partidos políticos como los que acaban de triunfar en las elecciones peruanas son realidades, entre otras, que muestran el poder de las ideas y de las prácticas marxistas en nuestro continente.

No todo en este movimiento mundial se debe a Marx. En el campo teórico buena parte de lo que hoy se entiende por materialismo dialéctico es obra de Engels (1820-1895) y en el campo de la realización política revolucionaria la mayor parte del éxito se debe a Lenin (1870-1924). Pero esto no obsta a que Marx deba ser reconocido como padre del marxismo y que el marxismo hoy dominante en el mundo siga teniendo sus raíces en Marx. Es cierto que Marx no tiene, estrictamente hablando, seguidores. No hay una gran admiración por lo que fue su vida personal, ya que desde algunos puntos de vista deja mucho que desear. La admiración es, más bien, por su obra, el seguimiento es de su doctrina y de su compromiso con la revolución proletaria. Pero, hecha esta reserva, hay que insistir en que el influjo de su obra es realmente excepcional, de modo que ha de contarse con el marxismo como con uno de los fenómenos decisivos del siglo veinte.

¿Como hacerlo de una manera racional y constructiva? Esta es la cuestión a los cien años de su muerte. Algo de enormemente profundo y universal debe haber en el pensamiento de Marx y en el dinamismo de su obra para poder explicar su éxito sin paralelo; algunos de los resortes más profundos de la historia ha debido tocar cuando cientos de millones de hombres y decenas de pueblos han respondido a su llamado.

Ese enfrentamiento racional y constructivo es sumamente difícil. Para unos Marx es un héroe, cuando no un dios y el marxismo es la solución definitiva de los problemas de la humanidad. Para otros es un demonio causante de los mayores males que sufre la sociedad mundial y en particular El Salvador, Guatemala o Nicaragua. Para éstos es Marx un fantasma aborrecible del que hay que huir o al que hay que aplastar, mientras que para los otros es un mito intocable, cuyas enseñanzas hay que repetir y poner en práctica sin reflexión ni superación. Las dos posiciones son irracionales y traen daños graves. No sólo implican un desconocimiento de lo mejor de Marx y de lo que Marx puede y debe seguir aportando a la interpretación y transformación de los procesos históricos así como a la formación científica de economistas, sociólogos, historiadores, etc., sino que añade una nueva y determinante dificultad a los enfrentamientos entre el grupo de su adoradores y el grupo de sus detractores.

Marx no tiene seguidores. La admiración es por su obra, se sigue su doctrina y su compromiso con la revolución proletaria. El influjo de su obra es excepcional, de modo que ha de contarse con el marxismo como uno de los fenómenos decisivos del S. XX.

Si este problema general, que va dejándolo de ser en los países más desarrollados económicamente y más abiertos políticamente, lo referimos a la situación de El Salvador y aun a la mayor parte de América Latina, se nos presenta como más real y sobre todo más radicalizado. Mientras el marxismo ideologizado y mitificado está presentísimo en casi todos los rincones de nuestra vida pública, el marxismo científico y crítico brilla por su ausencia. Marx y su trabajo teórico son perfectamente desconocidos en El Salvador y lo que de él más opera son residuos estereotipados que no hacen justicia a su obra y mucho menos la hacen a nuestra realidad. Urge, por tanto, un esfuerzo de desmitificación. Los anti-marxistas deben dejar de ver a Marx y al marxismo como el demonio viviente del siglo veinte o como el anticristo del Apocalipsis y deben hacerse la pregunta simple de qué tendrá el marxismo que tantas voluntades atrae. Algunos marxistas deberán dejar de verlo como fuente de sabiduría eterna, que no necesita ser revisada —y ni siquiera estudiada a fondo y a ser posible en sus textos originales— y que no necesita un profundo trabajo de reelaboración creativa para acomodarlo a nuestro lugar a nuestro momento. Basta ya de anatemas y glorificaciones beatas. Marx es, ante todo un pensador científico y como tal debe ser tomado en nuestra situación. Si ha de ser refutado, ha de ser refutado racionalmente y no quemado en la hoguera, retirado de las casas y de las universidades por los cuerpos de seguridad o retenido en las aduanas. Como pensador científico ha de ser estudiado críticamente, contrastado con la realidad cambiante, desarrollado y no simplemente memorizado. Marx no necesita ni fe ni odio. Marx necesita luz y coherencia. Sólo así podrá ser realmente aprovechado y sólo así podrá ser realmente superado. Sólo así en definitiva Marx será Marx; sólo así el marxismo podrá ser real y profundamente útil.

Porque, ¿qué es el marxismo en su última raíz? El marxismo es primariamente una crítica científica del capitalismo y derivadamente un programa práctico de anti-capitalismo por un lado y de construcción de un sistema socio-económico y político nuevo que a veces se llama comunismo sin saber bien de qué se trata. Hay que insistir en el proceso de desmitificación en este carácter científico del marxismo, al menos de la obra de Marx. Pero hay que insistir inmediatamente en que se trata de una ciencia social e histórica, cuyo objeto no es inmutable, sino que, al contrario, es en gran parte impredecible. Si el marxismo fuera una especie de filosofía perenne, como a veces piensan los repe-

Marx es ante todo un pensador científico y como tal debe ser tomado. Si ha de ser refutado, ha de serlo racionalmente y no quemado en la hoguera. Como pensador científico ha de ser estudiado críticamente, contrastado con la realidad cambiante, desarrollado y no simplemente memorizado. Marx no necesita ni fe ni odio, sino luz y coherencia.

tidores escolásticos del materialismo dialéctico y del materialismo histórico, lo que necesitaría sería tan sólo actualización. Pero si pretende ser ciencia y programa científico de acción, la revisión a fondo se impone en cada coyuntura distinta. Marx analizó de una manera metodológica válida una determinada forma de capitalismo, pero esa determinada forma de capitalismo ya no se da, por lo cual la utilización crítica de su método llevará en muchas ocasiones a conclusiones muy distintas a las de él. Propio de la ciencia es, en efecto, crecer y cambiar sobre la base de algunos logros cuasi-definitivos conseguidos para siempre. Y lo que se dice de la teoría se dice de la práctica. Las prácticas anticapitalistas y la utopía comunista propiciadas por Marx deben ser repensadas, como lo hizo Lenin para su tiempo y para su circunstancia, que no son precisamente el tiempo y la circunstancia nuestros.

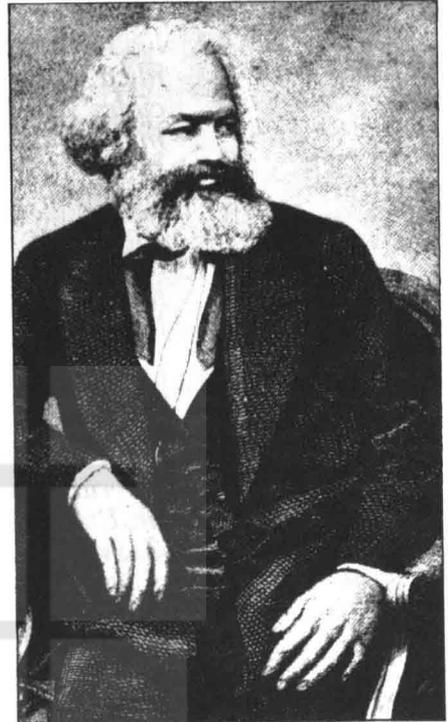
Por su parte, el capitalismo y los capitalistas tienen mucho que aprender de Marx y del marxismo. Sin los fallos de la teoría capitalista no hubiera habido una teoría marxista que de hecho es una crítica de aquella y sin los terribles fallos del capitalismo europeo decimonónico no hubiera habido marxismo real. El marxismo se presenta como la antítesis dialéctica de la tesis capitalista. Pero esto en sana dialéctica supone que el capitalismo tiene elementos positivos que han de ser conservados, que el marxismo es tan sólo negación de lo negativo del capitalismo y que la síntesis final histórica será algo nuevo y no la pura continuación de la negación. Referido el problema a nuestra situación, el capitalismo o pre-capitalismo aquí dominante debiera entender que ha sido él el que ha generado las condiciones objetivas idóneas para constituir a su contrario, en este caso los movimientos anticapitalistas de claro matiz marxista. Si, en cambio, el capitalismo ha podido solidificarse en otros lugares es, entre otras razones, porque ha superado aquel estadio de increíble explotación sobre el que se cimentó en el siglo diecinueve y que hoy lo ha logrado exportar a los países de la periferia.

La desmitificación del marxismo implica el reconocimiento de sus logros y de sus fracasos. Quedarse con los logros tan sólo con sus fracasos implicaría un simplismo y una torpeza que no harían sino hacer más difíciles las soluciones que necesitamos.

El marxismo ha supuesto un gran impulso en el desarrollo histórico tanto por sus análisis teóricos como por sus realizaciones prácticas. Ha dejado en claro que lo económico, entendido como proceso de producción y distribución de bienes materiales en orden a la satisfacción de sus necesidades, es uno de los determinantes y el principal de la marcha de la historia y de la constitución de la sociedad. Ha dejado en claro que el desarrollo productivo a lo largo de la historia se ha dado fundamentalmente en forma de explotación, de tal manera que han sido las

mayorías trabajadoras y asalariadas las menos favorecidas en los resultados de la producción, tanto en la participación económica como en el correspondiente disfrute de los beneficios sociales y de la hegemonía social y política. Ha proporcionado un método de análisis científico para entender la sociedad y la historia, sobre todo en lo que una y otra tienen de dimensión económico-social. Ha establecido la necesidad de lograr una teoría que realmente pueda convertirse en praxis histórica y de lograr una praxis que responda realmente a las exigencias de la teoría. Ha presentado una teoría de las clases sociales y de la lucha de clases. Ha despertado en grandes sectores de la humanidad explotada la convicción de que pueden y deben levantarse contra todas las formas de explotación, de modo que son ellos mismos los que tienen que luchar mancomunadamente para superar las injusticias a las que se ven sometidos. Ha suscitado la esperanza de que se puede llegar a una sociedad sin clases y aun sin Estado, en la que no haya explotadores ni explotados, en la que no haya diferencias abusivas entre los dueños de los medios de producción y los que son dueños tan sólo de su propia fuerza de trabajo. Ha indicado la necesidad de descubrir una nueva humanidad y una nueva sociedad más allá de las ideologizaciones moralizantes, que no responden a la realidad del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales. Todo esto lo ha hecho con rigor y con planteamientos científicos, no siempre apodícticos, pero de ningún modo arbitrarios.

*Pero estos y otros logros no pueden hacer olvidar errores y limitaciones, muchos de ellos derivados del estado en que la ciencia en general y la ciencia económica en particular estaba en su tiempo. Así, el propio Marx y sobre todo Engels se vieron forzados a reconocer que la principalidad y primariedad que atribuyeron a lo económico en la marcha de la historia fue un tanto exagerada, al menos en la forma de enunciarla, en razón de la discusión anti-idealista que era necesaria en los primeros momentos: ni el **homo oeconomicus** es el **homo totalis** ni la historia se reduce a ser una historia de los hechos económicos y del reflejo de estos en otras esferas teóricas. Lenin se vio forzado a reconocer que el proletariado no era de por sí y a solas la clase que pudiera tomar conciencia lúcida del desarrollo histórico ni la dirección del proceso revolucionario, con lo cual tuvo que recurrir a la idea del partido como vanguardia de la clase obrera; al mismo tiempo tuvo que reconocer que la desaparición del Estado como estructura esencialmente dominadora era una utopía que había que dejarla sin meta históricamente comprobable. El eurocomunismo, a su vez, ha tenido que abandonar las tesis de que es necesaria la revolución para llegar al poder y de que es la dictadura del proletariado la que ha de implantarse en regiones de conciencia política más desarrollada para hacer avanzar la historia. Los intelectuales marxistas se han hecho casi todos heterodoxos porque resulta intolerable la fijación del marxismo en*



Carlos Marx, 1818-1883

dogmas y mucho más el reconocimiento de un magisterio oficial del que no se pueda disentir. Finalmente la historia ha demostrado por el momento que el hundimiento del capitalismo no es inminente o que eran los países más desarrollados económicamente los que más pronto y fácil debieran generar desde su interior la revolución marxista; son más bien los países menos desarrollados donde prende con mayor facilidad el marxismo, son a veces los campesinos iletrados y no los obreros urbanizados quienes más apoyo dan a la revolución.

Junto a estos graves errores teóricos, que demuestran con qué cautela ha de manejarse el método científico marxista hay que situar también los trágicos hechos de los socialismos reales.

Los socialismos reales han tenido también éxitos notables allí donde se han implantado; no reconocerlo es ceguera histórica, no aprender de sus logros es desbaratar una experiencia que puede ser muy útil para la humanidad. Pero ha de reconocerse también que ha tenido gravísimos fallos. Es tópico acudir al tenebroso período de Stalin, especialmente en los años 1937-1938, para probar dónde puede llegar un marxismo encefalado. También son reprobables los excesos de la revolución cultural en los últimos años de Mao (1966-1969), las terribles purgas del régimen del Pol Pot en Camboya (1976-1978) y los abusos del Vietnam actual. De otro tipo son los ahogamientos en sangre de los patriotas húngaros y checoslovacos que pretendían abrir el marxismo a formas políticas democráticas, hechos fustigados por auténticos marxistas de todo el mundo. Afganistán es otro difícil problema en donde la presencia del ejército soviético es necesaria para que no sea derrocado un gobierno pro-soviético. En Polonia, aunque los ataques a la clase obrera se han mantenido en forma por lo general civilizada sin excesiva violencia física, no deja de sorprender por qué cerca de diez millones de obreros se oponen a la conducción política que hacen en ese país los pocos afiliados al partido comunista, más sostenido por el ejército y las amenazas de invasión militar por parte de la URSS que por el apoyo de su pueblo.

En América Latina las cosas son un tanto distintas. Es cierto que Marx y Engels erraron gravemente a la hora de interpretar nuestra historia en puntos esenciales. Hoy no se puede leer sin bochorno lo que Engels escribió sobre la conquista de parte de México por Estados Unidos: "En América hemos presenciado la conquista de México (por Estados Unidos), la que nos ha complacido... Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos, mediante la ocupación de California, obtienen el predominio sobre el Océano Pacífico". Y sobre Bolívar escribía Marx: "Hubiera sido pasarse de la raya querer presentar como Napoleón I al canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque (tirano de Haití entre 1849-1859). La fuerza creadora de mitos, característica de la fantasía popular, en todas las épocas ha probado su eficacia inventando grandes hombres. El ejemplo más notable de este tipo es, sin duda, el de Simón Bolívar". Son textos un tanto aislados que no son suficientes para invalidar una teoría; más aún son textos que tienen cierta validez explicativa dentro del sistema interpretativo marxista, pero esto mismo demuestra hasta qué punto y por qué razones ese sistema es a veces insuficiente para interpretar adecuadamente coyunturas históricas en el contexto de lo que Engels llamaba "hechos histórico-universales". De hecho, el aporte del marxismo teórico a la interpretación de la historia latinoamericana puede presentar logros importantes así como los puede presentar también en el análisis de la realidad social latinoamericana.

Por otro lado, la práctica marxista latinoamericana no tiene lacras semejantes a las antes enumeradas en otras partes del mundo. Allende es un modelo de gobernante democrático frente al capitalista Pinochet, que ha hecho de la violación de los derechos humanos, de la dictadura política y de la explotación económica principios rectores de su acción de gobierno. Cuba ha llevado su revolución en términos que, si no son de fácil aceptación según las normas de los países que hoy se dicen democráticos, llevan una enorme ventaja en casi todos los órdenes a lo que han hecho los llamados regímenes democráticos en Paraguay, Guatemala y El Salvador. Nicaragua anda tratando de poner en marcha un régimen de inspiración socialista con clara opción por los más necesitados y con márgenes de seguridad personal y de justicia institucional sin comparación con los que ofrecen los escuadrones de la muerte y los cuerpos de seguridad en El Salvador, los cuales dicen defender los intereses del capitalismo y los valores de la cultura occidental. Sin exageración, antes con plena objetividad histórica, puede decirse que el marxismo ha cometido muchísimos menos crímenes y atropellos en América Latina que los perpetrados por el capitalismo y que ha sido mucho más respetuoso de los derechos fundamentales básicos de lo que han sido regímenes capitalistas como los de Argentina, Uruguay, Chile, Guatemala, Haití, etc., etc., aunque en otros lugares de Latinoamérica no haya sido tan sanguinario, sin olvidar por eso que la catastrófica situación de las mayorías latinoamericanas ha sido el resultado histórico de regímenes capitalistas y del orden capitalista mundial.

En el caso de El Salvador está por hacerse la historia del marxismo, que tuvo su estallido primero en 1932. En nuestro país, el marxismo ha producido algunos trabajos teóricos, sobre todo en su aplicación al análisis de la realidad nacional. Ha realizado una larga labor de concientización entre la clase obrera y sobre todo en los sectores universitarios y magisteriales. Pero su obra mayor y más original es la constitución de las organizaciones político-militares, que como fenómeno histórico, con independencia del juicio valorativo que se le quiera hacer, es de una importancia innegable. No es hora todavía de entrar en ese juicio que mostraría errores y aciertos importantes. Quizás más que en ningún otro lugar, el marxismo salvadoreño ha surgido como la respuesta inevitable de un capitalismo desolador, del que se ha constituido en un contrario lleno de fuerza. No ha tenido todavía tiempo para superar los males que genera la contradicción misma, pero ha mostrado síntomas profundos de maduración, de apertura, de avance. Pero ha cometido acciones inaceptables incluso dentro de su propio movimiento: los casos de Roque Dalton, Mélida Anaya o Cayetano Carpio tienen mucho que decir y a nivel profundo a la hora de calibrar errores teóricos y actitudes inhumanas.

Pero en conjunto puede decirse que el marxismo latinoamericano ha sido más humano que el de otros continentes. Tal vez ello se deba a lo que pudiéramos llamar una cierta latinoamericanización del marxismo. Es así plausible el afirmar que Martí ha humanizado el marxismo cubano como Sandino lo ha hecho con el marxismo nicaragüense. Pero hay mucho más que hacer. Hay mucho más que hacer a la hora de latinoamericanizar el análisis marxista, lo cual se ha hecho en parte con la teoría de la dependencia, pero todavía de modo insuficiente. Hay mucho más que hacer a la hora de humanizar los talentos y las políticas marxistas para que realmente respondan a las necesidades y a la idiosincracia de nuestras gentes, aunque no responda a las recetas de los manuales. Hay mucho más que hacer a la hora de proyectar la nueva sociedad que no puede quedarse en los tristes esquemas del capitalismo de Estado, tal como éste se refleja en los países de la Europa oriental. Hay mucho más que hacer para poner por delante los intereses empíricos del pueblo antes que dedicarse a sacar ventajas para la organización partidista y la conquista del poder. Hay mucho más que hacer a la hora de inventar praxis distintas que las dictadas por el leninismo, como si el leninismo fuera la interpretación ortodoxa del marxismo o la más fructífera de sus concreciones políticas. Hay mucho que hacer a la hora de comprender que no sólo de pan vive el hombre, que no sólo de política y de lucha vive el hombre, sino también de otras muchas cosas que el marxismo usual desvaloriza cuando no anatematiza.

*No implica esto sustituir al Marx científico por el Marx humanista. Implica más bien hacer una ciencia integral que respete la totalidad de los datos y no caiga en reduccionismos estériles. Marx, como Kant, reconocía unas leyes fijas de causalidad científica, pero al mismo tiempo reconocía un campo de libertad. Ni en uno ni en otro hay una conciliación lúcida del reino de la necesidad y del reino de la libertad, pero tampoco hay oposición. El reino de la libertad, el reino de la razón pura y de la ciencia, no anula el reino de la libertad, el reino de la razón práctica y de la praxis histórica humanizada. Las estructuras mejoradas no hacen mecánicamente mejores a los corazones humanos, aunque ambas dimensiones sean interdependientes. La lucha de clases, impulsada violentamente por el capitalismo, no tiene por qué ser planteada ni resuelta en términos de agudización de las contradicciones ni en términos de la superioridad del odio sobre el amor. La antigua sentencia de los cristianos, recogida de otro modo en el prólogo de **El Capital**, según la cual se odia y se combate el pecado, pero no se odia ni se combate al pecador, puede ser en este punto una norma decisiva de acción. Hay que distinguir lo que es la clase y lo que es la persona para no confundir los conflictos del trabajo y del capital con los conflictos entre las personas.*

En conjunto, el marxismo latinoamericano ha sido más humano que el de otros continentes. Tal vez ello se deba a lo que pudiera llamarse una cierta latinoamericanización del marxismo. Pero hay mucho más que hacer a la hora de humanizar los talentos y las políticas marxistas...

Esto nos lleva a tratar brevemente las relaciones entre cristianismo y marxismo en un contexto latinoamericano. Si es constatable que en muchas partes el marxismo se ha presentado como enemigo y perseguidor del cristianismo, tanto en la teoría como en la práctica, es también constatable, sobre todo en América Latina, que el marxismo ha realizado lo que es deber cristiano: el entender siempre y sin excepción que la justicia es parte esencial de la fe cristiana y que no se es cristiano cuando se anula esa dimensión de justicia. El marxismo ha supuesto una llamada de atención a la conciencia cristiana que se ha dado cuenta de lo poco que ha hecho en favor de las mayorías populares en un continente que se confiesa masivamente cristiano. Pero a su vez, el cristianismo empieza también a poder decir su palabra frente a las insuficiencias marxistas. En este sentido, el caso de Nicaragua, donde la presencia de los cristianos en la revolución sandinista ha hecho de ésta una experiencia original, puede ser alocucionador.

Nada de esto es fácil, ni siquiera de ser entendido, cuanto menos practicado. La mitificación del marxismo hace muy difícil su manejo racional y objetivo. Hay muchas razones para esa mitificación: para unos es el gran peligro contra su propiedad y su sistema de vida, para otros es el gran instrumento que les permitiría su liberación, una liberación que es cuestión de vida o muerte. Los medios de comunicación social no hacen sino enrarecer el ambiente haciendo del marxismo un mal absoluto. Otros hacen del marxismo un bien absoluto. Todo ello hace difícil, pero imprescindible la tarea de desmitificación. Una desmitificación que no puede hacerse sino en forma de racionalización. Los marxistas deben ver, desde el propio Marx, los límites de su teoría y de su práctica; los capitalistas, sobre todo nuestros capitalistas criollos, deben ver las razones de la teoría y de la práctica del marxismo. Mientras unos endiosen sus concepciones y otros las anatematicen, el resultado será fatal. Nunca las guerras de religión trajeron algo bueno. Desmitifiquemos, pues, nuestros propios fantasmas y así podremos sin ingenuidad, pero con honestidad, dar al César lo que es del César y dar al pueblo lo que es del pueblo. En el centenario de la muerte de Marx la recuperación de su propósito humano y de su espíritu científico podría ser la mejor de las lecciones. Sin olvidar tampoco las lecciones de la historia.

Diciembre de 1983.